



¿Amigo o enemigo? Wikileaks y *The Guardian*

El domingo 28 de Noviembre de 2010, Alan Rusbridger -director del periódico británico orientado a la izquierda *The Guardian*- y un grupo de periodistas -comprometidos durante meses a mantener el secreto-, estaban por fin programando la publicación de la más explosiva colección de documentos de la historia del periodismo: 250.000 cables diplomáticos estadounidenses, material clasificado, que registraban conversaciones confidenciales y contactos alrededor del mundo. En este proyecto *The Guardian* tenía como socios a cuatro medios de comunicación: *The New York Times* (Estados Unidos), *Der Spiegel* (Alemania), *Le Monde* (Francia) y *El País* (España).

Las cinco publicaciones se habían hecho con los cables gracias a una organización del siglo XXI llamada Wikileaks. Wikileaks fue fundada en 2007 por Julian Assange, un australiano brillante y voluble que había sido pirata informático. Assange consideraba que la información, incluso la clasificada o peligrosa, debía estar disponible para todos. Con este espíritu ya había proporcionado a *The Guardian*, *The New York Times* y *Der Spiegel* expedientes de las guerras en Afganistán e Irak. Según el acuerdo inicialmente establecido entre Assange y *The Guardian*, los tres debían publicar simultáneamente en julio y octubre de 2010 los llamados “registros de la guerra”.

Aunque había habido momentos de tensión, la publicación de los registros de la guerra se había realizado con cierta facilidad. No podía decirse lo mismo de los cables diplomáticos. La logística había sido una pesadilla. Primero, la redacción -se editaron los cables para evitar que nadie sufriera muerte o represalias-. Hicieron falta semanas de un intenso trabajo realizado por un pequeño grupo de periodistas, que organizaron y siguieron el proceso de construcción de una base de datos específica. Luego surgió el reto de organizar la publicación simultánea por parte de cinco nuevos socios atendiendo a las distintas zonas horarias e idiomas y con plazos de entrega que variaban ampliamente. Una gran cuadrícula trataba de conciliar las múltiples dificultades.

¹ Rusbridger ha preferido no identificar a su colega, pero ha confirmado que se trataba de un varón.
² Más sobre la historia de *The Guardian* Dirección de Knight Case Studies Archives de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia. El trabajo fue supervisado por el profesor Michael Schudson. La financiación procede de John S. y James L. Knight Foundation. (0611). Fue traducido al castellano por Mónica Codina, profesora de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, España, en 2012.

Es más, las relaciones con Assange, nunca fáciles, se habían vuelto todavía más tensas. Los dos periodistas responsables en *The Guardian* de las noticias sobre los registros de la guerra ya no hablaban con él. Además Assange había concebido un odio permanente por *The New York Times*, mientras *The Guardian* y *Der Spiegel* habían luchado ferozmente por mantener al *Times* en el consorcio. Para apaciguar un poco a Assange, accedieron a su petición de última hora para incluir a *Le Monde* y a *El País* en el lanzamiento de los documentos diplomáticos.

También tuvieron preocupaciones legales. Los documentos fueron clasificados y revelaron informaciones perjudiciales como, por ejemplo, que Arabia Saudita había alentado a EE.UU. a bombardear Irán; que el arsenal nuclear de Pakistán podría estar amenazado; que el Departamento de Estado de EE.UU. había pedido a sus diplomáticos que espieran a personal de las Naciones Unidas; o que el gobierno de Yemen se había ofrecido a EE.UU. para tapar sus incursiones contra los radicales musulmanes en Yemen. Gran Bretaña tenía una Ley de Secretos Oficiales que era invocada con frecuencia para prevenir la publicación de materiales sensibles. EE.UU. tenía una Ley de Espionaje. Cada uno de los gobiernos podía todavía intervenir.

Rusbridger, director de *The Guardian*, confiaba en que su periódico y sus socios habían actuado a conciencia al preparar los documentos para su publicación. No obstante, no podía reprimir una preocupación persistente: ¿Y si, después de todo, publicar los documentos fuese fundamentalmente un error? Tal vez el periódico había estado demasiado inmerso en la inquietud y el impulso del proyecto para comprender por completo su impacto. ¿Qué pasaría si, como consecuencia, muriese alguien? O ¿qué pasaría si los cables incitaban a la violencia masiva?

El 26 de noviembre, cuando el periódico había completado los pasos previos a la publicación, las dudas de Rusbridger se reavivaron al recibir un reflexivo correo electrónico, que le enviaba un respetado y fiable colega que no formaba parte del pequeño equipo de Wikileaks. ¿Podía la publicación dañar a la administración del presidente de EE.UU. Barack Obama, preguntaba, y hacer fracasar buena parte de lo que *The Guardian* representaba? ¿Podía el demócrata Obama perder la aprobación de un tratado de control de armas en un Congreso de mayoría republicana? “¿Estamos sirviendo a nuestros intereses, al publicar un material que debilita a un presidente, de quien pensamos que está tratando de hacer lo correcto?”, preguntaba el colega¹.

Sólo me pregunto si no nos estamos poniendo en la posición de servir a la oposición, minando nuestra propia postura en muchos de los temas que nos interesan.

¹ Rusbridger ha preferido no identificar a su colega, pero ha confirmado que se trataba de un varón.

Rusbridger no era un hombre que se pusiese nervioso con facilidad. Pero a pesar de todo el cuidado que *The Guardian* había puesto, podía ver que este proyecto tenía potencial para ir seriamente mal.

***The Guardian*: breve historia**

El periódico que Rusbridger dirigía fue fundado en 1821 como el *Manchester Guardian*, con sede en el norte de Inglaterra. En 1959 el diario retiró “Manchester” de su nombre y en 1964 trasladó su sede de operaciones a Londres². En 2010 su circulación cayó de más de 300.000 ejemplares a unos 280.000, situándose en el décimo puesto entre los periódicos nacionales británicos³. Desde 1993 su periódico asociado, *The Observer*, se publica los domingos. *The Guardian* es el único periódico nacional que cuenta con un defensor del lector (“editor de los lectores”), nombrado por primera vez en 1997. A finales de 2008, la compañía se trasladó a un moderno edificio en el área de King Cross en Londres.

Publicación orientada a la izquierda desde su origen, *The Guardian* se situó con el tiempo como un miembro de la prensa diaria nacional británica “seria” (junto con el *Financial Times*, el *Daily Telegraph*, el *Times* de Londres y el *Independent*). Desde 1936 fue respaldado por la Scott Trust, fundada por John Russell Scott, cuya familia había poseído y editado el periódico durante décadas. La fundación estaba comprometida a preservar la independencia editorial del periódico. Todos los beneficios se reinvertían en la mejora de la publicación, una disposición inusual que en cierta medida aislaba al periódico de las fluctuaciones económicas de la industria.

A principios de los 90, *The Guardian* se había despojado en gran medida de su reputación inicial de producción barata y con múltiples errores tipográficos (la revista satírica *Private Eye* le había apodado *The Grauniad*), y llegó a ganar varios prestigiosos premios de periodismo, entre ellos el *British Press Awards National Newspaper of the Year* en 1997 y 2006⁴. Una de sus primicias más conocidas consistió en una serie de investigaciones sobre los parlamentarios conservadores Jonathan Aitken y Neil Hamilton que condujeron a la caída del gobierno conservador en 1997.

The Guardian tenía una considerable presencia online, en 2010 era, después de *The New York Times*, el periódico online con mayor número de lectores entre los de lengua inglesa. Los editores apoyaban la filosofía del “contenido gratuito” y se negaban a cobrar a los lectores online. La página web, iniciada en 1999, ganó en 2005, 2006 y 2007 el *Webby award* (otorgado por la *International*

² Más sobre la historia de *The Guardian*: <http://www.guardian.co.uk/gnm-archive/2002/jun/06/1>

³ Los datos de circulación disponibles en: <http://www.guardian.co.uk/media/table/2010/nov/12/abcs-national-newspapers>

⁴ La lista de los premiados se puede ver en: <http://www.pressgazette.co.uk/hybrid.asp?typeCode=99&navcode=92>

Academy of Digital Arts and Sciences) al mejor periódico en Internet. También arrasó como mejor periódico electrónico durante seis años compitiendo en los *British Newspaper Awards*⁵.

En 2010 el director de *The Guardian* era Alan Rusbridger, de 57 años, se había incorporado por primera vez al periódico en 1979. Dejó la publicación durante un período de tiempo a mediados de los 80, pero regresó en 1987 ayudando a lanzar una nueva sección, *Guardian Weekend*. Después de una temporada como director adjunto, en 1995 Rusbridger fue nombrado director; había ayudado a impulsar el crecimiento explosivo de la página web del periódico⁶. Fue esa prominencia online la que primero atrajo la atención y la admiración de un pirata informático de primera, Julian Assange.

Wikileaks: breve historia

Assange era un australiano, nacido en 1971 en la provincia de Queensland. Criado por su madre en un estilo de vida nómada, Assange era en buena medida un autodidacta obsesionado por la informática. A los 22 años le acusaron de 31 delitos de piratería informática y otros delitos relacionados, de los que finalmente se declaró culpable pagando una multa mínima. Autodidacta en temas tan amplios como la física, las matemáticas, la filosofía y la neurociencia. A los 18 años fue padre de un niño y pasó años tratando de obtener un acuerdo de custodia (su madre afirmó que el estrés fue la causa de que su pelo, que había sido de color castaño oscuro, se volviese blanco)⁷.

Assange, partidario de la libre circulación de información, registró en 1999 el nombre de dominio Wikileaks.org, pero no lo empezó a usar activamente hasta 2006. Ese año transformó febrilmente el sitio web en un lugar seguro para los denunciantes, específicamente para aquellos que quisieran brindar documentos secretos para su difusión pública. Tal y como él lo describe, Wikileaks es “un sistema incensurable que permite la filtración masiva e imposible de rastrear de documentos y su análisis público”⁸. La primera publicación, en diciembre de 2006, fue sobre la decisión (nunca verificada) tomada por un líder de los rebeldes somalíes de ejecutar a funcionarios del gobierno. En 2007, Assange anunció el lanzamiento oficial del sitio.

Fue Assange quien empezó la relación con *The Guardian*. A principios de 2007, según recuerda el entonces director Rusbridger, recibió correos electrónicos regulares de Assange como “editor jefe” de Wikileaks, en ocasiones con alguna buena noticia que contar. El 31 de agosto de

⁵ La lista de ganadores se puede ver en: <http://www.newspaperawards.co.uk/index.php?pid=4>

⁶ Por otra parte, Rusbridger escribió libros para niños y fue presidente de la *National Youth Orchestra*.

⁷ Raffi Khatchadourian, “No secrets”, *New Yorker*, 7 de junio de 2010.

⁸ Ibid.

2007, las dos organizaciones trabajaron en tándem por primera vez. Wikileaks publicó el texto completo de un informe de la firma privada de investigaciones Kroll sobre la presunta corrupción del ex presidente keniano Daniel Arap Moi, mientras *The Guardian* publicaba un artículo sobre la noticia. El gobierno de Kenia había decidido mantener en secreto el informe. *The Guardian* en ese momento era el único periódico británico que escribía sobre Wikileaks o utilizaba algunos de sus documentos.

En 2008 y 2009, *Wikileaks* y *The Guardian* volvieron a cruzarse en el camino. En dos ocasiones, la Corte Suprema de Reino Unido emitió una orden restrictiva contra la publicación periodística de documentos condenatorios, la primera sobre las estrategias de evasión de impuestos de Barclays Bank, y la segunda en relación al vertido de residuos tóxicos en Costa de Marfil de productos de la empresa Trafigura. Wikileaks, cuyos servidores se encontraban en Suecia y en otros lugares, no estaba atado por ninguna de estas órdenes. Publicó online muchos de los materiales prohibidos por los tribunales.

Sin embargo, también hubo casos en que Wikileaks publicó documentos que pensaba que provocarían un escándalo público y en cambio las revelaciones fueron recibidas en silencio. Por ejemplo, documentos de la prisión de Guantánamo, correos electrónicos de la ex candidata republicana a la vicepresidencia Sarah Palin enviados desde Yahoo! y manuales secretos de la Cienciología suscitaron escasa reacción. En la primavera de 2010, Assange llegó a la conclusión de que para conseguir que se le oyera, tenía sentido alinearse con la prensa dominante. Tanto que en abril presentó en el *National Press Club* de Washington D.C. un vídeo de 2007 en que dos pilotos de helicópteros Apache estadounidenses parecían matar a algunas personas que estaban en suelo iraquí, entre ellos a dos corresponsales de Reuters. El vídeo del helicóptero captó la atención, pero centrándola en la torpeza de Assange presentando y editando el material, que bautizó “Asesinato Colateral”.

Entonces, a finales de mayo, Assange desapareció. Enseguida se supo el motivo. La historia no atrajo demasiado la atención de los medios, pero el 26 de mayo el Pentágono había arrestado al soldado del Ejército de EE.UU. Bradley Manning, de 22 años, acusado de la descarga ilegal de cientos de miles de documentos clasificados de EE.UU., incluyendo -se informó entonces- un alijo de cables del Departamento de Estado sobre Irak y Afganistán. Al parecer, Manning podría haber dado los documentos a Wikileaks⁹. Uno de los que leyó la breve noticia sobre el arresto de Manning y que el Departamento de Estado estaba buscando a Assange para interrogarle, fue el veterano periodista de investigación de *The Guardian* Nick Davies. Davies decidió buscar a Assange.

⁹ Véase: <http://www.thedailybeast.com/blogs-and-stories/2010-06-10/wikileaks-founder-julian-assange-hunted-by-pentagon-over-massive-leak/>

Primer contacto

Davies ocupaba un lugar especial en *The Guardian*. Periodista de plantilla durante años, desde 1987 como *freelance* había sido contratado para informar en exclusiva para *The Guardian*. Su trabajo consistía en encontrar noticias de éxito que nadie había advertido y perseguirlas, como él dice “viendo que debería estar allí, que no se incluye en lo que se escribe”¹⁰. La estrategia había dado sus frutos. Sólo en 2009 Davies publicó como resultado dos noticias: que el tabloide, propiedad de Rupert Murdoch, *News of the World* había hackeado buzones de voz de algunas celebridades, y que la empresa de medios de Murdoch *News Corp.* había pagado enormes sumas de dinero para resolver los casos legales relacionados con las escuchas telefónicas.

Cuando Davies leyó el artículo relativo a la detención de Manning y la búsqueda de Assange pensó “tal vez la verdadera noticia no está en estos cuatro párrafos, sino en los secretos. Resultaba extraño que nadie más estuviese tratando de llegar a Julian [Assange] para preguntarle cuáles eran esos secretos y si los podrían tener”. Davies consideraba posible persuadir a Assange para que compartiese sus archivos -cualquier cosa que contuviesen- con *The Guardian*. El 16 de junio de 2010, trató de llegar a Assange por correo electrónico. Assange respondió crípticamente. A continuación, Davies recibió aviso de que Assange tenía previsto comparecer en una conferencia de prensa el lunes 21 de junio en Bruselas.

Davies consultó con David Leigh, editor jefe de investigación en *The Guardian*, quien ya había cruzado su camino con Assange. Leigh consideraba de escaso valor seguir al fundador de Wikileaks. Pero Rusbridger -director del periódico- aprobó que Davies viajara a Bruselas. Otro periodista de *The Guardian*, el corresponsal en Europa Ian Traynor, se encontraba en la capital belga y acorraló a Assange después de la rueda de prensa, el australiano accedió a reunirse de nuevo con él, el martes 22 de junio.

Acuerdo. El martes por la tarde, Davies y Traynor se encontraron con Assange en el Hotel Leopold de Bruselas. Traynor se tuvo que ir, pero Davies y Assange hablaron durante unas seis horas. Davies quería ante todo averiguar qué tenía Assange, si era algo de valor y si lo podría compartir con *The Guardian*. En los dos primeros puntos, las noticias parecían buenas: Assange afirmaba tener más de un millón de documentos oficiales de EE.UU., divididos en cuatro grupos significativos: informes de la guerra de Irak; informes de la guerra de Afganistán; cables diplomáticos de EE.UU. de todo el mundo; y las comunicaciones internas sobre las operaciones de EE.UU. en la prisión de la Bahía de Guantánamo. Assange había intentado publicar algunos de

¹⁰ La autora entrevistó a Nick Davies en Londres, el 8 de marzo de 2011. Todas las citas posteriores de Davies, a menos que se indique, pertenecen a esta entrevista.

estos documentos en la web de Wikileaks por lo menos durante dos semanas, pero se había abstenido por la preocupación del soldado Manning.

En cuanto a su participación, Davies y Traynor argumentaron que Assange podría llegar a más lectores y ganar una valiosa credibilidad para su hallazgo si alineaba sus esfuerzos con *The Guardian*. "Te vamos a situar en un lugar de superioridad moral -tan alto que necesitarás una máscara de oxígeno-", dijo Davies a Assange¹¹. Sin embargo, Davies quería ir aún más lejos. En el tren hacia Bruselas había decidido preguntar a Assange si aceptaría trabajar con un consorcio de publicaciones.

Davies quería sobre todo proteger a *The Guardian* contra las draconianas leyes de difamación y secreto de Reino Unido. Gran Bretaña no tenía nada parecido a la protección de la libertad de expresión de la que gozaban los periodistas estadounidenses bajo la Primera Enmienda. Él especulaba que la asociación con una publicación estadounidense como *The New York Times* daría a *The Guardian* un acceso indirecto a ese escudo. Para *The Guardian* la colaboración con otros medios informativos no era algo nuevo. En 2009, había trabajado con la BBC, un periódico holandés y un canal de televisión noruego para publicar informaciones sobre la empresa Trafigura. En 2006, había colaborado con organizaciones de televisión y prensa en Suecia, Rumania y Tanzania en una noticia sobre la corrupción de la empresa británica de armas BAE.

Para alegría de Davies, Assange aceptó rápidamente. "Yo estaba empujando una puerta abierta al esgrimir este argumento", afirma Davies, "porque él era consciente de que el modelo Wiki era un fracaso. De hecho ya se estaba moviendo tratando de utilizar los medios de comunicación convencionales para conseguir un mayor impacto". Davies y Assange estaban de acuerdo en que *The Guardian* y *The New York Times* debían cribar la base de datos, extraer la lista de noticias, publicar algunas y entregar el resto a otros medios de comunicación como *Le Monde*, *The Washington Post*, *Fox TV*, o el semanario alemán *Der Spiegel*.

Condiciones. Al final de la reunión, habían establecido los términos que gobernarían sus vidas durante los próximos seis meses. Assange proporcionaría a *The Guardian* los cuatro grupos de datos -expedientes de la guerra de Afganistán, registros de la guerra de Irak, un alijo de cables diplomáticos de EE.UU. y los archivos personales de prisioneros de Guantánamo- que se podrían distribuir a los socios; los medios informativos asociados debían publicar simultáneamente cada grupo de documentos y las noticias relacionadas; y Wikileaks publicaría a la vez los documentos en la web. Assange estableció sólo una condición: él determinaría cuándo comenzaría la publicación.

¹¹ David Leigh y Luke Harding, *WikiLeaks; Inside Julian Assange's War on Secrecy* (*The Guardian*, 2011), p. 99.

Al día siguiente, miércoles 23 de junio, por la mañana temprano, Davies regresó a Londres, donde informó a Leigh y Rusbridger. Más tarde, ese mismo día, Rusbridger llamó por teléfono a Bill Keller, director ejecutivo de *The New York Times*. ¿Quería participar en este acuerdo? La respuesta fue afirmativa. Mientras tanto, Assange quería que también *Der Spiegel* se convirtiese en socio de pleno derecho y, después de muchas idas y vueltas, la publicación se unió al equipo el 29 de junio.

Los registros de la guerra

La operación se mantuvo desde el principio en secreto. Assange estaba convencido de que los gobiernos, especialmente el de EE.UU., estaban siguiéndole y dispuestos a usar sin escrúpulos todo tipo de estrategias de espionaje hasta obtener acceso a sus secretos. Assange entregó el primer grupo de documentos, informes de la guerra de Afganistán, el jueves 24 de junio, por medio de una página web específica en la que cargó los archivos; Davies disponía de la contraseña que Assange había garabateado en una servilleta. Una vez que Davies los descargó, la página desapareció. Assange insistió en actuar con medidas de máxima seguridad -contraseñas, encriptación, ninguna mención de los documentos en las llamadas telefónicas o mensajes de correo electrónico (que pudieran ser interceptados por organismos gubernamentales). La comunicación se realizaría a través de Skype (que permite llamadas telefónicas y de vídeo a través de Internet) usando cuentas con nombres ficticios.

En *The Guardian*, Rusbridger reservó una habitación en el cuarto piso para el reducido equipo de periodistas y personal técnico designados para examinar los registros de la guerra de Afganistán (como se les llamaba). *The New York Times* envió al corresponsal de guerra Eric Schmitt y *Der Spiegel* a los periodistas John Goetz y Marcel Rosenbach para ver lo que había proporcionado Wikileaks. Cada publicación había recibido una copia. Los tres medios informativos encontraron una forma razonable de repartir el trabajo. Como recuerda Davies:

Cuando llegó el momento de elegir qué noticias y cómo escribirlas, funcionamos de forma independiente. Pero hubo una gran colaboración para ayudarnos unos a otros a examinar semejante cantidad de material.

Durante cuatro semanas y media, el grupo de *The Guardian* trabajó febrilmente para convertir el laberinto de los informes de campo cifrados en noticias inteligibles. El director de sistemas de *The Guardian*, Harold Frayman, diseñó una base de datos que permitió almacenar más de 92.000 entradas y efectuar búsquedas por palabra clave, nombre, fecha o una frase. Corresponsales como Declan Walsh, destinado en Islamabad, fueron requeridos sin ninguna explicación para trabajar en los registros. Expertos locales, como el editor de Oriente Medio Ian Black, estuvieron también en el equipo. Assange iba y venía a Estocolmo, aunque en julio se

estableció en Londres durante varios días consecutivos, trasladándose en bicicleta entre las casas de Davies, Leigh y otros amigos.

Los medios informativos tenían tres preocupaciones predominantes. Una de ellas era logística, ¿cómo deberían publicar los informes afganos, de una vez o en varios días? La segunda era ética, ¿cómo redactar los informes del campo de batalla para proteger a los individuos? La tercera era legal, ¿tratarían los gobiernos, especialmente los de EE.UU. y Reino Unido, de detener por completo la publicación? Después de todo, el gobierno de EE.UU. debía saber por medio del soldado Manning qué había en los documentos.

Amenaza legal. La Ley de Secretos Oficiales de Reino Unido (enmendada en 1989) permitía procesar a aquellos periódicos o periodistas que publicasen información confidencial incluida la perteneciente a gobiernos extranjeros. Además la ley de privacidad de Reino Unido también era estricta, y los demandantes normalmente tenían éxito evitando la publicación de material que consideraban difamatorio o confidencial mediante la obtención de mandatos judiciales. “Tenemos que ser mucho más cuidadosos que los periodistas americanos, porque la ley es más severa”, señalaba Davies. Con el fin de reducir el riesgo de un mandato judicial, el equipo decidió abandonar la idea original de publicar una secuencia de noticias (algunas a través de medios informativos, como *Le Monde* o Fox televisión), y en cambio publicar todas las noticias afganas de una sola vez.

La Ley de Espionaje de EE.UU. también tenía poder para lograr el efecto deseado y prohibir la divulgación no autorizada de material clasificado. *The Guardian* llegó a estar particularmente preocupado cuando *The New York Times*, como era su costumbre, el 21 de julio pidió a la Casa Blanca del presidente Barack Obama y al Pentágono comentarios sobre los informes de batalla afganos. ¿Podría el gobierno de EE.UU. tomar medidas preventivas? Como Rusbridger recuerda, los abogados externos de *The Guardian* le llamaron el sábado 24 de julio por la tarde para advertirle: “¿Lo estáis considerando? ¿Lo estáis viendo con la suficiente perspectiva? Se trata de algo que podría tener consecuencias realmente importantes¹²”. Advirtieron que no se podía descartar que Rusbridger pudiera ser extraditado a los EE.UU. o le negaran la visa. Por otro lado, había cierta protección en el hecho de que otros periódicos -por no hablar de Wikileaks- tuviesen la misma información.

Para inmenso alivio de todos, la publicación salió sin problemas. El domingo, 25 de julio a las 22:00 GMT, los tres medios informativos publicaron por separado sus relatos sobre los registros de la guerra de Afganistán. Los gobiernos no hicieron ningún esfuerzo para evitarlo. La

¹² La autora entrevistó a Alan Rusbridger en Londres, el 8 de marzo de 2011. Todas las citas posteriores de Davies, a menos que se indique, pertenecen a esta entrevista.

Administración de Obama, al menos de momento, parecía más interesada en trabajar con los medios para limitar el daño que en juicios o requerimientos judiciales.

The Guardian publicó 14 páginas de noticias. Optó por centrarse en las muertes de civiles, en particular en un grupo de operaciones especiales llamado Task Force 373, que tenía como objetivo a los talibanes. *The New York Times* prestó más atención a la ayuda de Pakistán a los talibanes. Los cables pertinentes -redactados- acompañaban cada artículo. Assange, por el contrario, publicó simultáneamente todo menos 15.000 “informes de amenazas” (que consideraba más delicados) en la pagina web de Wikileaks. Muchos criticaron a Assange por irresponsable. El almirante Mike Mullen, Jefe del Estado Mayor Conjunto de EE.UU., fue contundente: “el señor Assange puede decir lo que quiera sobre el gran bien que él y su fuente piensan que están haciendo, pero la verdad es que ya puede tener en sus manos la sangre de algún joven soldado o la de una familia afgana”¹³. Un portavoz talibán dijo que sus compañeros estaban estudiando los archivos para identificar a las personas: “Si son espías estadounidenses, entonces sabremos cómo castigarlos”¹⁴.

Mientras los documentos estaban de momento sin incidentes en el ámbito público, su publicación provocó la primera ruptura entre Assange y sus socios de los medios de comunicación. Un día antes de la publicación del domingo, Davies se enteró de que el viernes Assange había dado los registros de la guerra de Afganistán y un resumen de las noticias que *The Guardian* planeaba publicar a Channel 4 (una televisión pública nacional británica), Al Jazeera y CNN. Además el sábado, Assange había grabado una entrevista para Channel 4.

Desde la perspectiva de Davies, este descaro rompía el acuerdo que Assange había cerrado con *The Guardian* en junio. Incluso hacía burla a los intentos generales para preservar el secreto y amenazaba la exclusividad que Assange había prometido a *The Guardian* y a sus dos socios. “Julian había entendido que los medios informativos no asignarían recursos a menos que tuviesen la garantía de que iban a ser los primeros en publicar”, afirma Davies. “Lo que sucedió entonces fue que paso a paso, él procedió a romper los acuerdos”. Y añade:

Habíamos llegado a conocer a Julian bien, nos gustaba y confiábamos en él. Sólo a nivel personal era bastante impresionante lo que había hecho... Él pensaba que tenía ese poder sobre nosotros, y que tenía tanta información espectacular y jugosa, que no importaba mucho cuánto engañaba, si era deshonesto, o cuántos acuerdos rompía.

¹³ CNN.com, 29 de julio de 2010.

¹⁴ Robert Winnett, “Wikileaks Afghanistan: Taliban ‘hunting down informants’”, *Telegraph*, 30 julio, 2010. En: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/afghanistan/7917955/Wikileaks-Afghanistan-Taliban-hunting-down-informants.html>

Asignaron a Davies otro trabajo absorbente e inmediato, y decidió retirarse del proyecto Wikileaks para mostrar su desaprobación. Nunca volvió a hablar con Assange. Davies quiso enviarle un mensaje: “No. No somos tus siervos. No estamos aquí para que las fuentes de información abusen de nosotros. Nosotros somos periodistas. No vamos a movernos siguiendo la cola del perro”. El episodio cambió además la actitud de Leigh. A partir de ahora, se podría suponer que “estabamos tratando con una persona indigna de confianza”.

Por su parte, Assange estaba furioso con *The New York Times*, porque a diferencia de las otras dos publicaciones, optó por no vincular directamente a Wikileaks en su versión online de las noticias sobre los registros de la guerra de Afganistán. El editor Keller explicó que lo hizo para preservar la credibilidad y la independencia del *Times*. Assange no estaba convencido.

Los registros de Irak y los cables

A pesar de estas peleas, Wikileaks y sus socios de los medios siguieron adelante con la publicación del segundo gran alijo de documentos: los expedientes del campo de batalla de Irak. Assange dio la colección a Leigh el 7 de julio y la introdujeron directamente dentro del sistema de producción creado para los registros afganos. En el calendario original, los registros de Irak se publicarían dos semanas después de los registros de Afganistán -el 8 de agosto-. Pero el viernes 30 de julio Assange contactó con Leigh para plantearle una retraso de al menos seis semanas. Assange quería introducir a la televisión dentro del conjunto; en concreto, quería que tanto Al Jazeera como la Oficina de Periodismo de Investigación (BIJ), una joven empresa de producción del Reino Unido, produjesen documentales (la pieza de BIJ se emitiría en Channel 4).

Leigh decidió negociar. *The Guardian* podría considerar una demora hasta finales de septiembre o principios de octubre, dijo, si Assange le daba la tercera tanda completa: una colección de cables diplomáticos estadounidenses. *The Guardian*, argumentó, necesitaba ver si había algo de valor en los documentos. La fecha límite para publicar los cables, si lo merecían, sería mediados de octubre. Assange estuvo de acuerdo, a condición de que el director Rusbridger escribiera una carta aceptando tres puntos: no permitir de ningún modo que los cables fueran accesibles online (ni correo electrónico, ni disco compartido, ni en la nube, etc.), no publicarlos sin el consentimiento de Assange y no entregar los cables a nadie más. Eso significaba que, por el momento, ni *Der Spiegel* ni *The New York Times* podrían tener una copia. Rusbridger así lo hizo y, el martes 3 de agosto, Leigh se dirigió hacia el norte para sus vacaciones anuales de tres semanas en las tierras altas de Escocia, con una memoria USB que contenía 250.000 cables diplomáticos estadounidenses, el equivalente a 2.000 libros¹⁵.

¹⁵ Leigh y Harding, p.140.

No fueron realmente unas vacaciones. Mientras que el equipo de *The Guardian* en Londres luchaba por dar sentido a 391.000 informes de la guerra de Irak, Leigh analizaba los cables para averiguar qué tenía. El editor de sistemas Frayman, le había ayudado de nuevo dividiendo el archivo de los cables (demasiado grande para verlo en un ordenador portátil) en 87 piezas manejables, de unos 20 megabytes cada una. Leigh buscó en ellos por palabras clave y frases. Por ejemplo, introdujo el nombre "Megrahi" -un oficial de inteligencia libio condenado por su participación en el atentado de Lockerbie de 1988 y liberado de una cárcel escocesa por funcionarios del Reino Unido en 2009-.

Los resultados, señala Leigh, fueron increíblemente emocionantes. Durante tres semanas, obligado a guardar secreto, examinó los cables lo más sistemáticamente que por sí solo podía. Así lo recuerda:

Yo estaba lanzando el anzuelo en una laguna y viendo si algún pez picaba (se acercaba)... En una o dos semanas, para mí resultaba evidente que había cerca de dos docenas de noticias, cada una de las cuales normalmente sería la noticia principal en la portada de un periódico. Así que estaba pensando que era un pastel muy rico¹⁶.

Descubrió que había pocos documentos anteriores a 2006 y el registro terminaba en febrero de 2010. Los cables cubrían unos 100 países. Había cables sobre Irán, Yemen, Arabia Saudita, Rusia -incluso sobre el Príncipe Andrés de Gran Bretaña-. Leigh volvió a Londres a principios de septiembre con una lista de al menos 20 noticias. Pero también se encontró de lleno con un nuevo capítulo de la historia de Julian Assange.

Cargos sexuales. El sábado 21 de agosto Davies había llamado a Leigh a Escocia con noticias inquietantes. Assange había sido acusado de violación en Estocolmo por dos mujeres suecas. Así Leigh hubo digerido la noticia, los dos especularon qué podría estar detrás de esta acusación descabellada. Revisaron la lista de los potenciales enemigos de Assange, incluyendo la CIA. "Caminando sobre márgenes distantes", señala Davies, "[consideramos] posible que pudiese ser verdad". Con todo, éste parecía ser el caso, las mujeres consideraban que habían sido asaltadas. Leigh informó de la noticia desde Escocia, dictándola para el periódico del lunes. Él y Davies decidieron que su única opción era "informar de los hechos por completo", incluso si Assange se sentía ofendido.

La acusación de violación cambió rápidamente por la de "acoso sexual". Sin embargo, Assange tenía una situación complicada entre manos. El 27 de septiembre, preocupado por la

¹⁶ La autora entrevistó a David Leigh en Londres el 8 de marzo de 2011. Todas las citas de Leigh, a menos que se indique, son de esta entrevista.

detención, se trasladó de forma permanente de Suecia a Londres. También *The Guardian* no podía evitar preocuparse por su estrecha colaboración con una persona ahora involucrada en una historia muy diferente. "Pudimos notar que se dedicaba a desinformar" acerca de lo que había sucedido, recuerda Davies. "Lo que fue muy preocupante para nosotros", añade Leigh.

Los cargos por acoso sexual también afectaron a la publicación de los registros de la guerra de Irak. A finales de septiembre, Assange suplicó una prórroga: Wikileaks no había tenido oportunidad de redactar aquellos que, después de la reacción de julio, quería corregir. Así que retrasaron de nuevo la fecha de publicación al viernes 22 de octubre. Los tres socios iniciales continuaron coordinando sus esfuerzos. Channel 4 emitiría la película de BIJ, mientras que CNN y Al Yazira publicarían por su cuenta noticias relacionadas¹⁷.

Publicación. Una vez más la publicación se realizó sin problemas. El público tuvo acceso a los registros de la guerra de Irak entre 2004 y diciembre de 2009. Assange organizó su propio acto de presentación en el hotel Park Plaza de Londres. Esta vez, había cuidado no incluir nombres de informantes y otras personas que pudieran sufrir represalias. Al igual que con los registros de Afganistán, los medios informativos asociados eligieron cada uno su propio enfoque: *The New York Times* sobre la tortura de los prisioneros por las fuerzas iraquíes, sobre los contratistas privados, y la participación de Irán; *The Guardian* sobre la muerte y tortura de civiles, incluidos los detenidos bajo supervisión iraquí; y *Der Spiegel* sobre la misma filtración y la impotencia de las tropas estadounidenses en Irak. Pero la calma no se mantendría por mucho tiempo.

¿Cuándo un trato ya no es un trato?

A mediados de septiembre, los periodistas de *The Guardian* habían analizado los cables durante un par de semanas. El director de sistemas Frayman había refinado aún más la capacidad de búsqueda, permitiendo a los periodistas buscar por embajadas particulares o por grado de clasificación. Los periodistas descubrieron que alrededor del 6 por ciento de los cables eran secretos, el 40 por ciento confidenciales y el resto sin clasificar¹⁸. La colección no incluía ningún documento de alto secreto. Emergieron los temas principales: la propagación de materiales nucleares; las exportaciones militares a Irán y Siria; las percepciones de líderes extranjeros. Casi ninguno trataba de Israel. Había también relatos excitantes: fiestas sexuales saudíes, borrachos en las bodas de Asia Central, tratos comerciales dudosos del príncipe Andrés. Pero todavía no había fecha de publicación de los cables. Es más, según el acuerdo de Rusbridger con Assange, *The Guardian* no los había compartido con *The New York Times* ni con *Der Spiegel*.

¹⁷ Además Assange entregó de manera unilateral los registros de Irak a *Le Monde* una semana antes de su publicación, pero el equipo no estaba tratando de coordinarse con el periódico francés.

¹⁸ Leigh y Harding, p. 181.

El archivo de Brooke. A finales de septiembre, Leigh almorzó con una amiga, la periodista independiente Heather Brooke¹⁹. Brooke tenía doble ciudadanía estadounidense y británica, trabajaba en Gran Bretaña y estaba detrás de la revelación en 2009 de la apropiación indebida de fondos públicos por los miembros del Parlamento para gastos personales. Para Leigh, Brooke dejó caer una bomba. Un miembro descontento de Wikileaks en Islandia, refirió a Leigh, le había dado el archivo completo de los cables diplomáticos. Leigh estaba consternado, pero también vio un rayo de luz. Si *The Guardian* tenía acceso a los cables a través de una fuente distinta a Assange, esto liberaba al periódico de su promesa de publicar sólo cuando él lo permitiera, por no hablar de la promesa de mantener la confidencialidad de los cables.

Después de que Brooke pudiese probar -para satisfacción de Leigh- que tenía los cables, él le confesó que *The Guardian* también los tenía. Leigh fue a Rusbridger y al director adjunto (de noticias) Ian Katz, con la inquietante noticia sobre Brooke. “Fue un momento de pánico extremo”, recuerda Katz, “porque entonces supimos que había otra versión de la base de datos circulando, sobre la que no teníamos control [y] no sabíamos a cuántas personas más su fuente había filtrado la base de datos”. Después de discutirlo, se decidió ofrecer a Brooke un puesto como consultora²⁰.

Archivos para The New York Times. Sin embargo, Leigh tuvo otra decisión que tomar, aunque no la discutió con nadie²¹. Todo parecía indicar que Assange intentaba excluir toda posible colaboración con *The New York Times*. A finales de julio, Keller -director del *Times*- había suavizado las relaciones, por medio de conversaciones telefónicas, después de que el periódico no vinculara a Wikileaks con los registros de la guerra de Afganistán. Sin embargo, Assange estaba de nuevo enojado por un perfil del soldado Manning que el *Times* había publicado el 8 de agosto (y que calificó de “absolutamente repugnante”). Por otra parte, *The Guardian* supo que Daniel Ellsberg famoso por los Papeles del Pentágono y el islandés Smári McCarthy, antiguo programador de Wikileaks (que había dado a Brooke la copia) también tenían los cables. Parecía como si el propio Assange no estuviera observando su propia condición de mantenerlos en privado. “Me dije directamente, esto se colapsa. Todo se hace pedazos. Voy a compartir los cables con los demás”, afirma Leigh.

Leigh estaba cansado de Assange y de lo que él consideraba su elevado enfoque imparcial en el acuerdo original con *The Guardian* y después con el *Times* y *Der Spiegel*. “Llegó un punto en que llegué a la conclusión de que Julian nunca nos iba a dar el visto bueno para la publicación de los cables porque era muy poco fiable y manipulador”, señala Leigh. El comportamiento de Assange había empeorado desde los cargos suecos, hablaba de mudarse a Cuba. “Tienes la noticia

¹⁹ Leigh no recuerda la fecha exacta.

²⁰ Brook se incorporó el 3 de noviembre.

²¹ Además de ser compañeros de profesión desde hacía mucho tiempo, Rusbridger y Leigh eran cuñados, ya que se habían casado con dos hermanas.

más importante que nadie ha conseguido en X años en manos de alguien que está siendo completamente impredecible e irresponsable", afirma Leigh.

Entonces Leigh contactó a Keller, director del *Times*, le dijo que tenía los cables diplomáticos y se ofreció a compartirlos²². Leigh estipulaba que el *Times* tendría que mantener la confidencialidad de la fuente de los cables. "Pienso que subí el material a un servidor seguro de *The New York Times*", recuerda Leigh²³. El 27 de septiembre, *The New York Times* asignó los periodistas para revisar los documentos. Al mismo tiempo, Leigh creó un flashdrive que contenía los cables para *Der Spiegel*. Su director Marcel Rosenbach voló a Londres para recogerlo.

Las tres publicaciones acordaron mantener su continua cooperación en secreto hasta justo antes de la publicación -provisionalmente programada para el viernes 5 de noviembre-, porque Assange había amenazado con publicar todos los cables online si *The Guardian* rompía su acuerdo con él. Al final, Leigh contó a Rusbridger lo que había hecho. Dice Leigh:

Yo había hecho de forma deliberada todas estas cosas por mí mismo y había tomado todas las decisiones por mi cuenta, porque sabía que Alan se había comprometido con Julian y que no haría esto, aquello y lo otro. Pensé, no puedo pedir a Alan que haga esto. Voy a tomar unilateralmente la decisión de hacer las cosas a sus espaldas... para protegerlo.

Mientras tanto, Leigh también fue a ver a Assange en el Frontline Club de Londres, donde estaba viviendo, y le dijo que Brooke tenía los cables y que *The Guardian* quería publicarlos rápido. "Julian había dicho: OK, lo entiendo. Estoy en cierto modo perdiendo el control de esto... Julian estaba relativamente tranquilo ante la situación", recuerda Leigh. Assange aceptó que *The Guardian* pudiera dar los cables a *Der Spiegel*.

Entonces el 24 de octubre, los corresponsales de *The New York Times* John Burns y Raavi Somaiya publicaron un perfil de Assange. Bajo el título "El fundador de Wikileaks a la fuga, perseguido por la fama", el artículo citaba a un crítico afirmando "no está en su sano juicio". También afirmaba que Assange había desestimado las preguntas de los periodistas como si fueran "cretinas" y "superficiales". El artículo de portada, que salió al día siguiente de la publicación de los

²² Leigh no recuerda la fecha exacta. *Der Spiegel* informa de que "*The Guardian* y *The New York Times* ya habían comenzado los preparativos concretos a principios de octubre para la publicación de los cables diplomáticos sin el consentimiento de Wikileaks". Marcel Rosenbach y Holger Stark, "Una mirada al interior de las negociaciones de Wikileaks", *Der Spiegel*, 29 enero 2011. Ver: <http://readersupportednews.org/opinion2/370-wikileaks/4783-an-inside-look-at-wikileaks-negotiations>

²³ E-mail de Leigh a la autora, 26 de mayo de 2011.

registros de la guerra de Irak, enfureció a Assange. Sintió que el periódico le había traicionado. ¿Contrata el *Times*, preguntó retóricamente, sólo a periodistas con un extremado mal carácter?²⁴

El viernes 29 de octubre Leigh se encontraba en Washington con motivo de una reunión en la oficina de *The New York Times* para determinar una fecha de publicación conjunta. Estaban en la mesa con él, Rosenbach y Gotees de *Der Spiegel* y Schmitt del *Times*. "Habíamos decidido formalmente que todos íbamos a publicar el 8 de noviembre, independientemente de lo que Julian [Assange] pensase", relata Leigh. Pero los alemanes pidieron que el grupo se reuniera primero con Assange para notificárselo, aclarar la situación y determinar si la asociación con Wikileaks era todavía viable.

La tormenta del 1 de Noviembre

The Guardian se ofreció a acoger y programar una reunión con Assange el lunes 1 de noviembre a las 6 de la tarde²⁵. *The New York Times* decidió no acudir. Entre otras cuestiones, los editores querían comunicar a Assange la fecha de publicación del 8 de noviembre y que, en su opinión, la existencia de la copia de Heather Brooke liberaba a *The Guardian* de cualquier acuerdo anterior. Tanto *Der Spiegel* como Rusbridger director de *The Guardian* favorecieron seguir cooperando con Wikileaks en lo posible.

Assange se estaba retrasando y a las 7 de la tarde se presentó con un abogado especialista en difamación y otros dos socios a cuestas. Assange estaba furioso: de algún modo se había enterado de que *The New York Times* tenía los cables. Exigía saber cómo los habían obtenido. Todavía había más. El perfil de Burns, indicaba furioso, estaba "diseñado para ser una mancha... El *Times* no debería salir de esta manera presentando un artículo negativo de éxito, de mala calidad, y colocarlo en la primera página"²⁶. Se quejó de que el *Times* "había contaminado la relación" con Wikileaks. Katz director adjunto de *The Guardian* señala: "no era poco razonable que estuviese enfadado con nosotros". Y continúa:

Pensaba que nos había dado instrucciones expresas sobre cómo utilizar esta información, y sintió que lo del *New York Times* era un incumplimiento de las mismas. En sentido estricto, lo fue. El caso es que pensamos que era menos razonable que él tratase de separar al *New York*

²⁴ Michael Calderone, "NY Times reporter defends profile of WikiLeaks' Assange", *Yahoo! News*. Ver: http://news.yahoo.com/s/yblog_upshot/20101026/cm_yblog_upshot/ny-times-reporter-defends-profile-of-wikileaks-assange

²⁵ Rosenbach y Holger.

²⁶ Leigh y Harding, p. 169

Times de esto, cuando habíamos llegado a un acuerdo desde el principio de que iba a formar parte.

Era la primera vez que Rusbridger había pasado algún tiempo con Assange. El director aseguró a Assange que él personalmente no había dado nada al *Times*. Assange le amenazó con demandarle. Le amenazó con dejar de cooperar con *The Guardian*. Mencionó que ya estaba en conversaciones con *Washington Post* y *McClatchy Newspapers* sobre la publicación de los cables en EE.UU. "En realidad mi objetivo era sólo calmarlo, porque -habiendo llegado tan lejos- habría sido inmensamente complicado que todos nos dividiésemos y él se quedase fuera", afirma Rusbridger.

Assange parecía más tranquilo después de descargar su ira y durante un rato habló sobre el calendario de publicación de los cables. Assange dijo que prefería retrasar todo y que aceptaría un mes más. También pidió que se ampliase el grupo de publicaciones incluyendo los diarios *El País* y *Le Monde*. Esto significaba aún más desafíos logísticos -además de dar a los nuevos jugadores el beneficio de todo el trabajo hecho hasta ahora-. "Creo que todos tragamos saliva y pensamos oh, Dios, aquí estamos de nuevo. Pero, por otra parte, probablemente vale la pena si nos lleva a un acuerdo amistoso", recuerda Rusbridger. Assange también quería que Rusbridger llamara al *Times* y, a cambio de los cables, asegurara para Assange el derecho de responder al artículo de Burns, también en primera página, y la promesa de que no hubiera más noticias negativas.

A las 10 de la noche, todo el grupo se fue a cenar. Pero los fuegos artificiales estallaron de nuevo después de medianoche. Rusbridger llamó a Keller, director del *Times*, para exponerle las exigencias de Assange y Keller dijo decididamente que no. Assange estalló de nuevo: el consorcio había terminado. Ni *The New York Times* ni *The Guardian*. Sin embargo, Georg Mascolo, editor jefe de *Der Spiegel*, declaró que también se retiraría. Rusbridger señaló que, de hecho, la asociación existente iba a ser la mejor oferta posible. Recuerda Rusbridger:

Le dije a Julian, ¿cuál es tu elección?... Heather Brooke lo tiene y hemos perdido todo el control. Así que no tienes realmente una opción. Tienes que trabajar con nosotros. Esto era lo lógico: o bien íbamos a perder todos, o teníamos que tragar nuestro orgullo y trabajar juntos.

Dos días después, Assange aceptó 10 puntos que Rusbridger le presentó, incluyendo un calendario de publicación que comenzaba el 29 de noviembre en forma impresa (la versión digital, el 28 de noviembre) durante dos semanas o más. Después del 4 de enero, el contrato de exclusividad expiraría y Wikileaks estaría libre para enviar cables de interés regional a otros periódicos de todo el mundo. Assange decidió también que Wikileaks publicaría sólo los cables redactados preparados por sus socios de los medios de comunicación. Leigh, por su parte, se congratulaba: "Yo pensaba que Alan [Rusbridger] había actuado brillantemente al forjar un tipo de compromiso con el que todo el mundo podría vivir... pensaba que era un milagro que hubiéramos

llegado tan lejos. Yo siempre había sospechado que este endeble acuerdo se derrumbaría en pocas semanas".

Entonces comenzó el trabajo duro.

Redacciones y reportajes

The Guardian advirtió a *Le Monde* y *El País* sobre el nuevo acuerdo poco después de la reunión del 1 de noviembre. Los periódicos recién incorporados disponían de apenas tres semanas antes del 28 de noviembre, fecha acordada para la publicación digital, para examinar el abundante alijo de cables. Los primeros socios hicieron la lista de las noticias que habían descubierto. Por ejemplo, *Spiegel* había sido el primero en notar que había cables en que el Departamento de Estado ordenaba a diplomáticos de EE.UU. espiar a funcionarios de la ONU. *The New York Times* había examinado de cerca materiales sobre Arabia Saudita alentando a EE.UU. a bombardear instalaciones nucleares iraníes. *The Guardian* se centró en los cables sobre la relación entre China y Corea del Norte. Mientras tanto, los dos nuevos miembros del consorcio, sobre todo la publicación española, ayudaron a descubrir algunas noticias nuevas, incluyendo una sobre diplomáticos estadounidenses que buscaban influir en los jueces²⁷.

El 11 de noviembre, todas las partes se reunieron para ajustar la cuadrícula de la publicación. Assange llegó con un abogado, mientras que Ian Fisher, adjunto al director de relaciones exteriores de *The New York Times*, voló desde EE.UU. Katz editor adjunto de *The Guardian* asumió la tarea de coordinación. Preparó una cuadrícula de seguimiento: qué periódicos publicarían, qué noticias y qué días. "No queríamos superponernos unos a otros", señala Leigh. Era complejo. Por ejemplo, para publicar todos de forma simultánea en domingo, el semanario *Spiegel*, tendría que suspender su distribución electrónica estándar del sábado -un ajuste costoso-. "Se encogía el corazón al pensar en cómo diablos podríamos sincronizarnos con cuatro idiomas [y] tres calendarios de producción diferentes", afirma Katz refiriéndose al vespertino *Le Monde* y a *El País* publicado a medianoche.

Redacciones. La preparación de los cables diplomáticos y de las noticias relacionadas para su publicación fue difícil. Los periodistas no sólo tuvieron que extraer las mejores noticias de los documentos, sino que los propios cables tuvieron que ser redactados para eliminar las referencias que podrían poner en peligro las vidas de las personas mencionadas. Cada redactor en particular era el primer responsable de redactar los cables que confirmaban sus artículos. Corresponsales clave, como Luke Harding de Moscú, fueron requeridos en Londres para unirse al equipo. Otros periodistas estrella con base en Washington, Bruselas, África, India y América Latina se unieron al

²⁷ Leigh y Harding, p.177.

equipo a distancia. Walsh, que había regresado por los registros de guerra y se quedó para trabajar en un libro, asumió los cables relacionados con Pakistán y Afganistán. En el período previo al 28 de noviembre, relata Katz, *The Guardian* tenía más de 25 periodistas y editores involucrados.

La segunda etapa de la redacción la hizo el jefe de producción Jon Casson, quien trató de detectar todo lo que se hubiese omitido la primera vez. Casson se instaló en otra habitación de la planta cuarta normalmente utilizada para formación. Leyó cada noticia y los cables relacionados. Incluso si un periodista se refería sólo a un par de párrafos de un cable largo, Casson tenía que leerlo entero, porque los periódicos se habían comprometido a publicar todos los cables. Él seguía la pista a la parte del proceso en que cada noticia se quedaba. La mayoría de las noticias trabajaban varios cables, por lo que todos ellos fueron redactados para ser publicados simultáneamente con la noticia. Casson no sólo revisó con cuidado las redacciones de *The Guardian*, sino que comparó la versión de *The Guardian* con las de los medios asociados.

Socios. Estos problemas se multiplicaron por cinco a causa de la sociedad de medios. Las cinco empresas informativas habían acordado mantener el mismo secreto que observaron para los registros de la guerra en Afganistán e Irak. Nadie mencionaría un cable en un correo electrónico o en una conversación telefónica. En su lugar, pondrían las copias impresas de los cables delante de una cámara que permitiría comunicarse por Skype, de modo que todos pudieran ver el tema de la conversación. Los intentos, de película de espionaje, de usar teléfonos desechables y otros dispositivos de seguridad resultaban divertidos pero fracasaron. "Eramos, en esencia, completamente inútiles en cualquiera de esas cosas fantasmales", señala Katz²⁸. "La coordinación general fue muy difícil", afirma Casson. "Lo hicimos lo mejor que pudimos"²⁹, y añade:

Sólo por el volumen y la urgencia de publicar tanto como fuera posible en el menor tiempo posible resultaba bastante difícil. Si sólo publicase *The Guardian*, pienso que habría sido un proceso mucho más sencillo.

Casson diseñó una enorme hoja de cálculo online que seguía cada cable por número, el número de identificación de las noticias relacionadas, si el cable había sido redactado, si la redacción había sido coordinada entre las publicaciones asociadas, y cuando estaba prevista la publicación de la noticia y del cable. Al principio, Casson y dos ayudantes estaban procesando más de 200 cables al día. Al final, marcaron más de 900 cables, cada uno codificado con un color que indicaba su etapa de redacción. A pesar de sus mejores esfuerzos, a veces los socios publicaron diferentes versiones de un cable. En muy pocos casos, las publicaciones acordaron no utilizar de ninguna manera un cable porque era demasiado sensible. Los temas que clasificaron como

²⁸ Leigh y Harding, p.179.

²⁹ La autora entrevistó a Jon Casson en Londres el 8 de marzo de 2011. Todas las citas de Casson, a menos que se indique, son de esta entrevista.

excluidos fueron secretos estratégicos, información sobre plantas de energía nuclear, oleoductos, o detalles sobre operaciones militares.

Casson trabajó duro para evitar la difamación o poner en peligro a algunas personas. Consultó a diario con los abogados de *The Guardian*. Los diplomáticos o las figuras públicas eran un blanco legítimo. "Pero lo que realmente me mantuvo despierto la mayor parte de las noches - recuerda Casson- era pensar que si publicábamos el nombre de la fuente estábamos poniendo a esa persona o a su familia en peligro". A veces eliminar un nombre no era suficiente; los nombres de lugares y fechas también tenían que omitirse. Del mismo modo, suprimió los pronombres en los casos en que si hablaba una mujer sería identificable. Eso significaba eliminar no sólo "she" y "her" ("ella" y "su" en femenino inglés), sino también "he" y "his" ("él" y "su" en masculino inglés) de vez en cuando para que no fuese obvio cuando se mencionaba a una mujer.

En *The Guardian*, el secreto era tan fuerte o más de lo que había sido para los registros de la guerra. El equipo continuó trabajando desde dos pequeñas habitaciones del cuarto piso. "Pienso que informé al editor de noticias internacionales, porque tenía que traer de vuelta a alguna de su gente. Sin embargo, mantuvimos un gran hermetismo", recuerda Katz. "Sólo informamos a los principales editores de noticias una semana antes de su publicación". Se prohibió a todos los periodistas que trabajaban en el proyecto hablar de su trabajo.

Peligroso. Hubo también discusiones sobre qué cables usar. Leigh había hecho el primer corte para discernir qué cables producirían noticias que valiesen la pena. La segunda ronda de selecciones miró a la geografía. Si con los registros de la guerra *The Guardian* estaba preocupado por los posibles mandatos judiciales, ahora se tenía que preocupar también por alterar el orden mundial. "Más de una de nuestras cónyuges, también la mía, -recuerda el director adjunto Katz- preguntó en su momento: ¿qué demonios estáis haciendo y por qué demonios lo estáis haciendo? Vais a comenzar una guerra en alguna parte".

Un grupo de cables, por ejemplo, reveló que el gobierno yemení había dicho que reclamaría como propios ataques aéreos estadounidenses contra sus propios militantes. *The New York Times* (con la concurrencia de *Spiegel*) se mostró reacio a publicar algunos de los materiales sobre Yemen por temor a las repercusiones en una alianza estratégica, pero *The Guardian* y *El País* no veían un peligro real en informar (*Le Monde* no se decidía). "El debate giró sobre si tendrían sangre entre sus manos si se publicaba esto, porque éste es el frente de lucha contra los islamistas malvados", dijo Rusbridger.

Y en realidad tu puedes debilitar esta lucha publicando esto. El contra argumento era que ya habíamos ido por este camino antes [en Iraq en 2003 y las supuestas armas de destrucción masiva] suprimiendo material por depender de las personas que parecían estar de nuestro lado.

Otro material sensible trataba sobre los puntos de vista de EE.UU. sobre los líderes rusos, las sospechas acerca de una relación estrecha entre el presidente ruso Vladimir Putin y el primer ministro italiano Silvio Berlusconi, las relaciones comerciales de algunos oligarcas rusos, y la corrupción de alto nivel en Pakistán y Afganistán. Mientras la Ley de Secretos Oficiales del Reino Unido técnicamente contemplaba algunos de estos casos, la prensa tenía de su parte la llamada Defensa Reynolds de 1999, un precedente legal que permitía a los medios de comunicación publicar denuncias no probadas si actuaban responsablemente y por el interés público, y siguiendo los procedimientos periodísticos estándar.

Los socios finalmente llegaron a un acuerdo sobre qué noticias publicar. Las más importantes se darían a conocer simultáneamente; la fecha para otras noticias de interés principalmente regional, se dejaría a la elección de cada publicación. "Habíamos discutido de forma violenta por el camino, pero se trataba de hacer algo increíblemente complicado", afirma Rusbridger.

El Peso del Gobierno

The Guardian no se inclinaba a pedir comentarios antes de publicar. Tal acción habría desencadenado mandatos judiciales en virtud de las Ley de Secretos Oficiales alegando que el periódico estaba en posesión ilegal de documentos confidenciales. "Nuestro instinto, que procede de la tradición europea, hubiera sido no hacerlo", señala Rusbridger. Sin embargo, *The New York Times* tenía una visión diferente y, el 19 de noviembre, hizo un primer acercamiento a la Casa Blanca para hacerle saber qué cables planeaba divulgar. "Cuando Bill [Keller] dijo que íbamos a salir con una semana de antelación, todos estábamos muy inquietos", recuerda Rusbridger, en parte por temor a un mandato judicial.

Pienso que todos los socios europeos estaban preocupados. Y creo que, dejados a nuestros propios recursos, no habríamos hecho lo que Bill [Keller] hizo... Fue una situación difícil en la que se sintió obligado a obtener algún tipo de reacción. Pero cuanto más tiempo se les daba, más tiempo tenían para obtener una orden judicial contra nosotros.

Además, señala Katz, *The Guardian* era perfectamente consciente de que "a menudo, las instituciones y los gobiernos visten en términos de seguridad aquellos asuntos que sencillamente son embarazosos o políticamente inconvenientes".

El *Times* transmitió los comentarios de la Casa Blanca a *The Guardian*, una disposición complicada, ya que no estaba claro si el *Times* representaba a sus socios, y si era un procedimiento

de aprobación formal o informal³⁰. Así que el viernes 26 de noviembre, la Casa Blanca organizó una conferencia telefónica con Rusbridger, el director adjunto Katz y P.J. Crowley -subsecretario de Estado de EE.UU-, representantes de Defensa, de los servicios de inteligencia y del Consejo Nacional de Seguridad. Para que los editores británicos no replicaran, Crowley declaró "desde nuestra perspectiva, estos documentos son robados".

Crowley solicitó a Rusbridger los números de los cables que el periódico tenía intención de utilizar, sin embargo Rusbridger no accedió a dárselos. En cambio le dio a conocer el plan de publicación previsto por *The Guardian*: día 1, Irán; día 2, Corea del Norte; día 3, Pakistán. Muy pronto Crowley, preocupado porque el gobierno estaba dando más información de la que estaba recibiendo, terminó la llamada. Al parecer, según recuerda Leigh, editor de investigación, "no iban a venir después de nosotros. En cambio, iban a comprometerse con nosotros". Justo antes de publicar, relata Rusbridger, *The Guardian* también recibió del gobierno británico "una especie de mensaje privado del número 10 [Downing Street] diciendo, no se preocupen, no vamos a demandarles".

Para la fecha de publicación prevista, 28 de noviembre, *The Guardian* tenía más de 160 artículos preparados para salir y más en producción. Sin embargo, la víspera de la publicación Rusbridger, su director, se encontró preguntándose si el periódico había tomado la decisión correcta.

Precaución y preocupación

No era la primera vez que Rusbridger estaba preocupado por la publicación de los cables. A principios de octubre, después de que Leigh hubiese entregado el alijo y otros periodistas de *The Guardian* hubiesen empezado a examinarlos, el director había tenido serias dudas: "por un momento miró hacia atrás y pensó, en realidad, ¿deberíamos estar haciendo esto?... [A veces] te metes en una especie de burbuja que te arrastra". Tal vez *The Guardian* había ido demasiado rápido al descartar la preocupación del gobierno. Después de todo, en 2004 *The New York Times*, a petición de la Administración Bush, había retrasado un año la publicación de una noticia de espionaje doméstico³¹. En ese caso, el *Times* había encontrado convincentes los argumentos de la Administración invocando la seguridad nacional.

³⁰ Del mismo modo *Der Spiegel* fue objeto de su justa cuota de presión; el embajador de EE.UU. llamó a su director Mascolo para advertirle contra la publicación de los cables. El gobierno también pidió a Wikileaks no publicar y devolver todos los archivos. Assange de hecho se ofreció a examinar las objeciones de EE.UU. y afirmó que Wikileaks no tenía ningún deseo de poner a nadie en peligro.

³¹ En 2002, el presidente George W. Bush autorizó a la Agencia de Seguridad Nacional para espiar dentro de los EE.UU. sin una orden judicial aprobada por un tribunal. Ver: <http://www.nytimes.com/2005/12/16/politics/16program.html>

Rusbridger estaba lo suficientemente preocupado como para llamar a Simon Jenkins, antiguo director del *Evening Standard*, para que dedicase una hora a la lectura de los cables y diera su opinión. "Fue un test de realidad ", recuerda Rusbridger. Así lo explica:

[La filtración] era justo una violación asombrosa del secreto, la confianza, la seguridad. Conocíamos todos los argumentos que podrían esgrimirse: han puesto en peligro a la gente. Ustedes han hecho la diplomacia imposible... Normalmente dentro de un periódico, se puede contar con la opinión de tus colegas. Pero debido a que esto estaba sucediendo dentro de un hermético y pequeño entorno de operaciones, yo quería contar con un par de ojos extra, para decir simplemente "Oh, Dios mío, estás loco, ¿qué estás pensando?" o "Está bien".

De inmediato Jenkins estuvo leyendo durante varias horas. Si bien entendió las dudas de Rusbridger, Jenkins opinaba que *The Guardian* no tenía otra elección que la de publicar los documentos. Pero ahora estábamos en noviembre y Rusbridger se encontró cuestionándose de nuevo la misma premisa de la publicación de documentos clasificados del gobierno de EE.UU. Había ensayado con Katz y otros que diría si, por ejemplo, estallaba una bomba en un vuelo a Nueva York y el jefe de la unidad antiterrorista de Londres culpaba a *The Guardian*. "De hecho hicimos este ejercicio con unas cuentas cosas", afirma Katz³². Pero estos ensayos parecían más bien inadecuados.

El asunto se puso en primer plano cuando el viernes 26 de noviembre Rusbridger recibió un correo electrónico de un respetado colega. Los registros de la guerra, sostenía el colega, "apoyan ampliamente nuestra opinión sobre lo mal que han ido las guerras en Irak y Afganistán". Con los cables, advirtió, "podríamos estar haciendo algo cualitativamente diferente". Y proseguía:

La política exterior será, durante los próximos dos años, uno de los campos de actuación del seriamente debilitado pero todavía liberal EE.UU. que el presidente ha dejado, sin sucumbir al veto republicano. Pero tampoco él es inmune a la opinión republicana. Nosotros como periódico hemos sostenido que EE.UU. no debería bombardear Irán o permitir que Israel lo haga. Si publicamos la noticia diciendo que EE.UU. ha animado a bombardear Irán a un cercano y poderoso vecino regional, ¿quien daría la bienvenida a la noticia?, ¿quién se beneficiaría de ella?

La publicación también podría amenazar, argumentaba el correo electrónico, la oportunidad del presidente Obama de llevar al Congreso el tratado de control de armas START. Si

³² La autora entrevistó a Ian Katz en Londres el 8 de marzo de 2011. Todas las citas posteriores de Katz, salvo que se indique, son de esta entrevista.

los cables revelaban con claridad el punto de vista de los diplomáticos estadounidenses sobre el presidente ruso Vladimir Putin, ¿se pondría en peligro el acuerdo de armas? El autor decía:

Si START falla, otros dos tratados con Rusia fracasarán, la palabra del presidente no será vinculante, Rusia podría fácilmente comenzar a enviar misiles de defensa aérea S300 a Irán... Ninguno de estos escenarios es poco realista. ¿Estamos sirviendo a nuestros intereses al publicar material que debilita al presidente, cuando pensamos que está tratando de hacer lo correcto?

Por último, concluía el autor, "somos un periódico no una unidad de propaganda".

Otros publicarán el mismo material si nosotros desistimos. Nuestro deber es poner estas noticias en su contexto, y ese contexto se rige tanto por nuestros valores liberales, como por nuestro análisis periodístico. Escribo ignorando por completo qué será publicado y no quiero interferir. Sólo me pregunto si no estamos tomando posición, si estamos sirviendo a la oposición y socavando nuestra propia postura en muchos de los temas que nos importan.

Rusbridger sabía que a estas alturas no podía detener el proceso de publicación. Cualesquiera que fuesen sus reparos, los socios de *The Guardian* no dudarían en seguir adelante. Sin embargo, el correo electrónico le sacudió ya que reflejaba de cerca sus propias dudas de octubre. Si los lectores y simpatizantes de *The Guardian* encontraban las decisiones editoriales del periódico equivocadas o incorrectas ¿cómo iba a responder? ¿Qué pasaba si alguien moría? ¿Habían estado *The Guardian* y sus socios controlando el proceso o les había manipulado Assange?